

Como son conducidas las Delegaciones Obreras por la Rusia Soviética

Revelaciones de una Intérprete.



Tamara Solonewitsch.

En Sofía, capital de Bulgaria, vivían el escritor Solonewitsch y su esposa Tamara. El 3 de Febrero de 1938 fué entregado un paquete en su casa. Al abrirlo estalló dentro de él una máquina infernal. Toda la vivienda quedó destruida. El Sr. Solonewitsch no se hallaba presente. La Sra. Solonewitsch y el secretario Michailoff resultaron muertos. Ya durante su última estancia en París, en el verano de 1937, fué amenazado de muerte el matrimonio Solonewitsch si continuaban escribiendo contra la Rusia soviética.

En 1926 recibió la Sra. Solonewitsch una colocación como intérprete en Moscú. Sobre sus impresiones en la Rusia soviética escribió un libro titulado "Hinter den Kulissen der Sowjetpropaganda", Essener Verlagsanstalt (Tras los bastidores de la Propaganda soviética). Precisamente tenía planeado únicamente un viaje de conferencias por el extranjero. Ya que los corchetes de Moscú han hecho enmudecer para siempre a la Sra. Tamara queremos difundir, por el mundo, en esta hoja un breve extracto de su libro.

Draconianamente cierra, así escribe la Sra. Tamara, las fronteras el Gobierno soviético. Sin embargo, se invita, expresamente, a extranjeros a visitar la República soviética. Estos son profesores, políticos, periodistas de renombre, delegaciones obreras y comunistas de todos los países. Antes de las fiestas de Mayo y Octubre se celebran asambleas en las fábricas francesas, inglesas y de otros países en las que un orador de la "Sociedad de Amigos de la República soviética" (lo que naturalmente se oculta a los obreros) pide se elijan delegados. Desde el momento en que traspasan las fronteras son los huéspedes de la Unión soviética. Después del regreso a su patria deben pronunciar discursos laudatorios en las asambleas obreras.

Una delegación de obreros mineros ingleses ha llegado. Se me encomienda servirles de intérprete. En el andén aparecen mis ingleses, la intérprete Sofía Petrowna y otras personas. Dos vagones me llaman la atención: Uno internacional y otro azul. Llevan un letrero que dice "Moscú—Charkow—Sebastopol". Monto en el vagón internacional, en el azul montan Sofía Petrowna, el jefe de la Delegación Mr. Latham y el Secretario Mr. Smith. Más tarde me enteré de que el vagón azul era el que en otros tiempos sirvió de Coche-salón a la Zarina madre, María Fedorowna. En este coche montaron también un hombre de gran estatura, un poco jorobado y narigudo, llamado Sluzkij y el compañero Gorbatschow, jefe de toda nuestra expedición. Este último, como secretario del Comité Central de su gremio, era una personalidad. Más tarde supe que Sluzkij era Agente del Komintern.

En el coche internacional fueron acomodados los otros 18 miembros restantes de ambos sexos, de la Delegación, así como también el administrador Bojarskij. El personal de acompañamiento se hallaba armado.

Algunos de los participantes, por ejemplo Mr. Paul, Williams y Lloyd Davis, no eran en realidad Delegados. Paul era comunista inglés y redactor del periódico comunista "Sunday Worker". Su actividad consistía en ayudar a sus camaradas rusos a embaucar a sus compatriotas.

Yo fui acomodada en un departamento con Mrs. Cook, Mrs. Chester y otra señora inglesa. Nuestro viaje duró 40 días. Durante todo este tiempo nuestro Coupé era, para nosotros cuatro, no solamente dormitorio sino también habitación.

Cuando nuestro viaje se prolongó más de lo calculado se impacientó la federación británica en Londres y bombardearon a Latham y a Smith con telegramas. Yo veía como desaparecían éstos en los bolsillos de Gorbatschow. Los ingleses no se enteraron de ello.

Por todas partes se organizaban, como reflejo de un gran bienestar, desayunos, almuerzos y cenas suculentos; había banquetes en los que corría el Coñac y el champán a torrentes. De todas formas estos ingleses sencillos notaron de todo este engaño mucho más que Bernhard Shaw, Laval o el mismo Herriot.

Territorio del Don: Por todas partes estepas, barro, desiertos tristes. Incluso las filas de casas nuevas de mineros no pueden ocultar la impresión de pobreza. Entramos en una de estas casitas. En cada uno de sus tres cuartos se hacina una familia de obreros. Se ve claramente que duermen en el suelo, pues no se ven señales de existir allí una cama.

En los pozos mineros: De pronto vemos venir a una mujer con un caballo. Nuestros ingleses estiran el cuello para ver mejor: "¡Oh, comrade Tamara! ¿Está permitido en los pozos de las minas soviéticas el trabajo femenino?" Yo traduzco la pregunta al director de las minas. Este se da cuenta rápidamente y contesta: "No, en Rusia no está permitido jamás el trabajo femenino." "¡Oh well, pero ahora mismo hemos visto pasar a una mujer con un caballo!" "Es sólo una casualidad. Ha traído a su marido el desayuno y entretanto éste le ha rogado llevar el caballo al abrevadero." "¡Raro, rarísimo!"

Cuando salimos de los pozos nos contemplaban lugubriamente los mineros astros. Mr. Jones les miró riendo mostrándoles sus dientes de oro. Exclamación: "¡Mire a los capitalistas, llevan oro en los morros, y nosotros la difiamos aquí de hambre!"

Antes del almuerzo quisieron mis inglesas "salir un momento" a un jardín. Mrs. Cook entró la primera en el lugar buscado. Lanzó un grito de horror y salió corriendo como una flecha, después la vimos vomitando. Las otras inglesas acudieron a ella. Un alud de exclamaciones indignadas me aclaró el motivo de su repugnancia. Había que conformarse con "la naturaleza libre y aireada."

A la mañana iban generalmente los ingleses, durante las paradas del tren, a la plataforma para limpiar sus zapatos. Me chocó que llevaron siempre, como a hurtadillas, envueltos en un papel, restos de comida. Un día le espíé a Mrs. Grey y vi que dejaba deslizar uno de estos paquetes debajo del vagón donde lo recogía la mano mugrienta de un niño. Ah! Besprisorniki! Estos niños abandonados se esconden, la mayor parte de las veces, durante las paradas de los trenes, bajo los topes o sobre los ejes y mendigan pan.

Una mañana se precipitó Mrs. Grey, pálida y excitada, en el coupé y dejándose caer en un rincón se echó a llorar. "¿Qué le pasaba?" Me enteré que el acompañante de viaje Sergej había matado de un tiro a uno de estos chicos abandonados.

En una estación, los ingleses debían pronunciar discursos desde la ventanilla del tren. Los obreros se apiñaban ante nosotros. De pronto fué lanzado al interior de nuestro coche un papel hecho una pelota en el que se hallaba escrito:

"¡Camaradas ingleses! Se os engaña de parte a parte. Los Soviets nos han echado una cuerda al cuello. Ayudadnos, hermanitos y decid en Inglaterra como sucumbimos todos aquí de miseria!"

"Bueno, ¿porqué no lo traduce Vd.?" Sluzkij me tomó el papel de la mano y leyó en voz alta a los ingleses: "Aquí dice, que nuestros mineros os dan la bienvenida, camaradas, y que sienten mucho que no querais quedarnos aquí."

Una vez, al volver la delegación al tren le metieron a uno de los que formaban parte de ella un papel en el borsillo. Ya a altas horas de la noche me lo enseñó Sofía:

"Queridos hermanos! Os mienten, nos arrebatan de la boca el último trozo de pan. No les creais, camaradas. El Gobierno soviético nos acogota y os engaña diciéndos que reina la libertad entre nosotros."

En Tiflis, frente al restaurant en el que desayunábamos, había una tienda de cigarros. Un inglés entró en ella para comprar cigarros. Cuando regresó hablaba en voz baja con otros. Inmediatamente se reunieron otros a ellos. Luego entró también Sluzkij. De repente salió éste de la tienda rojo como un tomate. Más tarde supimos que el primer inglés al comprar sus cigarros había cambiado un billete de una libra esterlina. Hasta ahora habían cambiado los ingleses sus billetes de banco por Bojarskij, quién les había dado 20 rublos por libra. En la tienda de cigarros recibieron por el contrario 100 rublos por libra.

Se nos encargó aclarar a los ingleses que el vendedor de cigarros era un odioso especulador. En el futuro deberían cambiar siempre sus billetes solamente por Bojarskij. Sluzkij les pronunció incluso un pequeño sermón. Los ingleses estaban un poco avergonzados, pero a la noche oí que Mr. Jones decía a su vecino de mesa: "I suppose we are damnably fooled here." (¡Me parece que se nos engaña aquí diabólicamente!)

La "Preparación": El trabajo de Sofía Petrowna no lo podrían haber pagado los bolchevistas ni con oro, pues ésta con su simpatía sabía contar, sin pestañear, cosas a los ingleses que nunca habieron creido a otra persona. Gorbatschow y Sluzkij habían acomodado a Sofía en el Coche Salón imperial, porque allí podía prestarles servicios especiales. Durante todo el viaje preparaba el ánimo del Jefe de la Delegación Latham y del Secretario Smith. Estos debían de ser cegados y embaucados de tal forma que en la declaración final y en las entrevistas con los periodistas se pusieran en contra de sus Jefes Socialdemócratas y elogiaran superlativamente los éxitos alcanzados por los Soviets. Las sesiones en este vagón tenían lugar casi diariamente y a menudo se prolongaban hasta muy entrada la noche. A las conversaciones asistían también aquellos ingleses que eran comunistas. Estos se sometían siempre incondicionalmente a las instrucciones de sus camaradas rusos.

Sólo más tarde pude darme cuenta por qué los bolcheviques tenían tanto interés en que se firmara la declaración final. Creían que una vez de haber firmado un delegado una tal declaración, sería difícil que se atreviera más tarde en su patria a rectificarse.

Finalmente, después de visitar una escuela en el territorio de Naphtha de donde los ingleses salieron muy mal im-

presionados por la pobreza de los cuartos que servían de aulas, subió la delegación al tren que les debía llevar en tres días y cuatro noches a Moscú. El camarada Sluzkij nos dijo en secreto: "¡Ahora, camaradas intérpretes, empieza el trabajo! Mucho cuidado! Si la Delegación no firma la Declaración final se les hará a Vdes. responsables de ello!"

El primer día del viaje de regreso había pasado. De pronto fui llamada a traducir. Camarada Gobatschow: "Bueno, diles que su Jefe es un traidor al Socialismo, que los Macdonald y los Henderson, son traidores a la clase trabajadora y que hay que colgarlos de un árbol tan pronto como sea posible. Diles que son unos hijos de mala madre."

Los ingleses escuchaban interesados y hacían preguntas. Por esta causa se les servía cada vez más coñac. Sluzkij dijo: "Sólo cuando gobiernen en Inglaterra los Soviets se habrá asegurado la revolución mundial."

Los bolchevistas no consiguieron, sin embargo, que se incluyera en la declaración final la traición de los Jefes Gremiales y el cambio de Inglaterra en un Estado soviético. Todo lo contrario: Los ingleses consiguieron, a pesar de las enérgicas discusiones de Gorbatschow y Sluzkij, que se incluyera en el documento la siguiente declaración:

"Se debe reconocer que las condiciones sanitarias en todos los distritos obreros que hemos visitado son extremadamente antihigiénicas y que precisan una reforma inmediata." "Es de desear también urgentemente una labor benéfica mayor para los niños abandonados."

En Moscú me rogaron los comunistas ingleses Williams y Lloyd Davis que comunicara que no poseían ni un penique más y que el uno tenía los pantalones rotos y el otro las botas destrozadas. Trasmití este ruego y oí decir a la salida: "Sofía, diles que no he conseguido ni una libra esterlina y que tendrán que contentarse con dólares."

En el año 1932 conseguí, después de grandes trabajos, mi pasaporte para salir de Rusia. En mi coupé viajaba un joven alemán. Llegamos a la estación fronteriza alemana. El joven alemán fué arrestado. No tenía equipaje. Más tarde lei que en la frontera había sido detenido el comunista X por haber tomado parte hace dos años, en un asalto armado contra un local del Partido Nacionalsocialista y en el cual fueron asesinados dos nacionalsocialistas. Se cernía sobre él un gran castigo. Su declaración ante el tribunal fué la siguiente:

"He regresado a Alemania porque prefiero purgar mi pena en una prisión alemana a soportar por más tiempo la miseria en la Unión soviética."



¡Amantes de la paz, difundid estas hojas!

Otras hojas le serán remitidas gratuitamente por

Editorial: Falken-Verlag, Hamburgo

Hamburgo 50 Jungfernstieg 69 Hamburger Hof